

Jueves 23 de agosto del 2001

• TRANSICIONES •

Victor Alejandro Espinoza Valle



Argüelles

Para los contertulios de la UCM: Arturo, Javier, Spy, M. Félix, Canario y Fumanchú. Hace nueve años fue la última ocasión en la que estuve en Madrid; fue en el año paradigmático de 1992, cuando se conmemoró el V Centenario del Encuentro de Dos Mundos; se celebraron las Olimpiadas de Barcelona, la Feria Mundial de Sevilla y la designación de Madrid como Capital Cultural de Europa.

Cuatro años antes llegué a Madrid, unos días después de las elecciones presidenciales de 1988. El eco del fraude electoral seguía escuchándose y sobre todo cuando se contrastaba con la realidad democrática de España.

Al año siguiente, en 1989, hubo elecciones generales y resultó reelecto Felipe González.

La gran discusión fue la tardanza del vicepresidente Alfonso Guerra al anunciar media hora después de lo prometido los resultados electorales. Uno se sentía en otra dimensión: En México pasaron al menos dos meses para saber oficialmente quién había ganado después de la trágica caída del sistema.

Tuve la buena fortuna de vivir en el barrio universitario de Argüelles, en la calle de Tutor número 38. Algo que no dejó de maravillarme y aún es uno de los recuerdos más queridos es la existencia de múltiples bares y cafés en las ciudades españolas.

La puerta del edificio de Tutor estaba flanqueada por otras dos que daban a sendos cafés. Pero no era todo, otros dos cafetines se encontraban justo a 50 y 100 metros de distancia. Los cafés europeos son los espacios de encuentro por excelencia.

Uno puede tomar un buen café cortado con un pincho de tortilla española por la mañana; un bocadillo hacia el medio día y una buena comida corrida entre las 2 y 3 de la tarde y disfrutar de una espléndida tertulia con el vecino de al lado.

Si citabas a alguien o quedabas de verte el sitio natural era el café más cercano. Cada quien tiene su espacio; a cada madrileño le corresponde un café.

Diario podía ver a la hora de la comida a las bellas dependientes del Corte Inglés de la calle de Princesa. Y no puedo dejar de escuchar la musiquilla -La Cucaracha, la mayoría de las ocasiones- que sale de las máquinas "tragaperras" haciendo del café la extensión de un casino.

Me encantaba ver el desfile de carreolas que quedaban estacionadas fuera mientras las madres y sus pequeños "tomaban algo". Yo podía llevar al hijo de una amiga a tomar un refresco sin que nadie se escandalizara.

Cuando acudí por primera vez a la Universidad Complutense me quedé sorprendido cuando en el comedor me encontré con una espesa nube de humo proveniente de los cientos de Ducados -tabaco oscuro español- consumidos con una cañita de vino, cerveza o un cognac.

Ahí había una barra espléndida donde alumnos y maestros charlaban en el descanso de una clase.

No podía dejar de pensar en las universidades mexicanas donde el tomar una bebida de moderación es considerado como un pecado.

Pero no sólo en los centros de enseñanza, sino que en general hemos crecido con la idea de que cualquier lugar en que se consuma alcohol es un centro de perdición, de mala muerte o de plano sitio de delincuentes.

Tuve un maestro -articulista de EL País-, Enrique Gil Calvo, que siempre llegaba a dar su clase con un bote de cerveza Águila en sus manos.

Que recuerde nadie se escandalizaba por ello o le perdía el respeto al profesor. Una de las míticas personalidades del eurocomunismo y de la cultura española, Fernando Claudín, siempre que concluía su seminario en la Fundación Pablo Iglesias nos invitaba a sus alumnos a charlar al café de la esquina.

En México se desterraron también los cafés y cafeterías porque se pensaba que eran sitios de conspiración política. Después del 68 la UNAM cerró todas las cafeterías de ciudad universitaria. El régimen priista quiso conjurar cualquier espacio de reflexión colectiva.

A propósito del tema tratado, Luis González de Alba publicó en el número de agosto de la revista Nexos el espléndido artículo "El día, la noche y el pecado", donde anota: "Los mexicanos hemos dejado de tratarnos, de hablar entre vecinos, de discutir para componer el país y el mundo, lo cual, aunque se emplea como imagen de tiempo perdido, es lo que construye la solidaridad y la identidad.

Y se construye en el cafecito de la esquina, bebiendo una copa o agua mineral, pero a dos cuerdas y entre vecinos.

Eso es lo que nos arrebató el PRI con su mojigatería y es lo que ni el PAN ni el PRD logran devolvernos".

Uno de los grandes placeres que tanto extraño los fines de semana es el de levantarme un domingo e ir apresurado por el diario El País y sus suplementos, y detenerme en su lectura en el cafecito de Marqués de Urquijo acompañado de un delicioso "cortado de desayuno". Bueno, cada quien con sus nostalgias.